

Perspectivas para la comunicación cristiana: Introducción y comentarios a los textos

 Jos Demon
Miembro del equipo de animación de la Red de Evangelización,
Teología y Comunicación de OCLACC.

La riqueza de los textos aquí publicados nos permite profundizar y abrir un debate sobre diversos aspectos que como comunicadores-evangelizadores tenemos urgencia de aprender, revisar, complementar o cuestionar. La relación entre Evangelización y Comunicación es consustancial a cada una de ellas, pero los conceptos, métodos y prácticas varían según los contextos históricos y los avances en la reflexión de comunicadores, pastoralistas y teólogos.

Desde esa perspectiva quiero compartir con los lectores una breve introducción y comentarios a los aportes que hacen los diversos autores. Haré un particular hincapié en algunos temas que, en mi opinión, necesitamos profundizar más como comunicadores cristianos.

A más de las ponencias presentadas en el seminario taller realizado en la ciudad de Lima, se incluyen también algunos textos presentados en eventos anteriores de la Red de Evangelización, Teología y Comunicación de OCLACC.

I. Teología y el discernimiento de la realidad

Monseñor Gregorio Rosa Chávez y Gustavo Gutiérrez enfatizaron cuán importante es que consideremos a la iglesia como nuestro espacio propio, nuestra casa, donde hay apertura para opinar, para debatir y para experimentar, para los católicos y para los comunicadores cristianos. Ambos insistieron en que esta casa debería estar abierta para todos, para incentivar el dialogo con cristianos de otras iglesias y personas de otras convicciones. Mucho más si necesitamos construirla como una casa propia para las personas que no cuentan en nuestra sociedad, para los pobres.

En el aporte del padre Gustavo Gutiérrez podemos destacar tres elementos:

El reconocido teólogo peruano enfatizó en la continuidad del aporte propio de la Iglesia latinoamericana desde la segunda Conferencia del CELAM en Medellín hasta la quinta en Aparecida, en particular en defender a una Iglesia comprometida con los pobres. Gutiérrez no considera a la Conferencia de Aparecida como si hubiera sido la gran sorpresa, como muchas veces se ha dicho. Aparecida se lo puede y se lo debe entender desde sus antecedentes históricos, por el trabajo y testimonio de tantas personas, entre ellas quienes se convirtieron en mártires, profundamente entregadas al anuncio del Evangelio en el continente. Desde Medellín la Iglesia en América Latina reconoció que había una gran contradicción en que el continente más cristiano albergue a una mayoría de población pobre y marginada, excluida del trabajo, de la economía, de la vida social, de la participación política y abandonada por la propia iglesia.

Otro tema que podemos destacar del aporte de Gutiérrez es que es reticente en repetir que nos encontramos en una época histórica totalmente distinta, como muchos aducen, principalmente por lo que se suele definir como el fenómeno de la globalización. Gutiérrez no niega que la nueva cultura global y la secularización con su actitud crítica hacia la religión, uno de los influyentes elementos del pensamiento occidental difundido por esta cultura, represente un gran problema para las iglesias. Como cristianos y como comunicadores necesitamos adentrarnos y aprender de los nuevos acontecimientos como los que acompañan a la globalización y su cultura, y dar particular énfasis en los desafíos que emergen del medio ambiente y el encuentro entre las religiones.

La Iglesia latinoamericana tiene, por otra parte, su propia historia y su propia trayectoria que ha sido definida por la exclusión de gran parte de la población del continente de los beneficios que deben corresponder a todos los seres humanos. Tanto en América Latina como en el Tercer Mundo en general, estos nuevos fenómenos que se imponen y los desafíos que de ellos resultan deben siempre ser considerados desde la perspectiva de la opción preferencial por los pobres.

Por fin, insistió Gustavo Gutiérrez, es de vital importancia que recordemos la trayectoria de los procesos de cambio dentro de la Iglesia; aunque a veces nos parecen demasiado lentos, son la única forma en que se puede cambiar una institución de la envergadura de la Iglesia católica. Antes, acotó, no era tan común escuchar al magisterio de la Iglesia detallar las causas que originan la pobreza. Hasta el Concilio Vaticano II y Medellín no se comprendía que combatir la pobreza debería considerarse como una parte esencial de la evangelización. La Iglesia veía las causas y los motivos de justicia y la evangelización como cuerdas separadas y no logró unirlos. Hoy, sin embargo, estos conceptos son parte esencial de los discursos del magisterio tanto en América Latina como en el ámbito de la Iglesia mundial.

Ver los procesos dentro de la iglesia nos enseña a tener paciencia con relación a la Iglesia como institución, en particular hacia el magisterio de la Iglesia, algo que es importante tanto al interior de la Iglesia católica como al interior de otras iglesias. Los avances en la Iglesia habrá que verlos como procesos, son lentos, se adelantan en algunos aspectos como en la aceptación de la opción preferencial de los pobres, pero se estancan en otras dimensiones y hasta retroceden como en el caso del reconocimiento de la mujer y los contactos ecuménicos con las otras iglesias.

La lenta reacción de la Iglesia como institución no implica, sin embargo, que como cristianos debemos esperar hasta que el magisterio haya dado su aprobación en estos temas que podemos considerar como todavía controversiales. Como miembros de la Iglesia, como comunidad cristiana dentro de la Iglesia, tenemos un legítimo espacio de experimentación en que podemos y debemos adelantarnos a la Iglesia institucional. Este es el espacio de experimentación que sí existe y que Monseñor Gregorio Rosa Chávez en su ponencia definió como el legítimo ejercicio de 'la opinión pública' dentro de la Iglesia.

A menudo se difunde una imagen negativa de la Iglesia Católica, resaltó Monseñor Gregorio, como si no existieran legítimas diferencias de opiniones dentro de ella y como si no dejara mayores espacios para el debate en torno a los problemas que se presentan ante la fe cristiana. Con su ponencia quiso incentivar a los participantes del taller, a los comunicadores y a los cristianos en general, que utilicen estos legítimos espacios de discusión dentro de la Iglesia, para profundizar el conocimiento de la actual sociedad y para responder a sus desafíos desde la perspectiva de la fe. Monseñor Rosa destacó el gran aporte actual de los medios de comunicación católicos, y en particular de la radio, en acompañar a la población pobre y a la población pensante, para poder participar en el proceso de construcción de la ciudadanía.

La Iglesia, enfatizó monseñor Rosa, necesita ser como una casa y una escuela de la comunión como lo indica la Carta Pastoral sobre el Nuevo Milenio de Juan Pablo II. Ser casa y escuela implica que la Iglesia debe promover una espiritualidad de comunión en que se forman los laicos y los ministros, la familia y la comunidad. Implica además, conocer e intuir el sentimiento de los otros, reconocer a Cristo en el rostro de nuestros hermanos, y en particular que la Iglesia se transforma en la casa de los pobres (*Novo Millennio Ineunte* 43, 50).

Hay grandes expectativas del pueblo frente a los representantes de la Iglesia; se nos está pidiendo: háganos, acompáñanos. Como pastores y como comunicadores necesitamos estar en contacto con la gente. Si respetamos a este principio nuestras preguntas se transforman, y la realidad se ve y se configura de otra forma. Todo aquello tiene que ver con formación de opinión pública dentro de la iglesia y con el necesario diálogo con la sociedad. Allí, dijo monseñor Gregorio, se nos presenta todo un programa para los comunicadores de inspiración cristiana. Necesitamos, concluyó, en las palabras de la Conferencia de Aparecida, una iglesia que no se limite tan solo a presentar buenas noticias sino una iglesia que sea buena noticia, por su propia presencia en nuestras sociedades.

Resaltamos que se espera un aporte particular por parte de los pastores, sacerdotes y religiosos/as, teólogos e intelectuales, como de los comunicadores cristianos, para acompañar al pueblo cristiano en estos nuevos desafíos. El papel de los comunicadores no puede limitarse a la difusión

de conocimientos y de destrezas evangélicos propuestos por los teólogos o pastores de la Iglesia. A ellos les corresponde la misión particular de explorar y descifrar nuestra época desde la luz de la fe y de adelantar propuestas tanto a la comunidad cristiana como a sus pastores, como nos indica el Documento de Aparecida (Apartado 10.3).

Para la hermana Glafira Jiménez, biblista de la Conferencia de Religiosos del Perú (CRP), una de las más esenciales habilidades para los cristianos es su capacidad de interpretar la Biblia con relación a nuestra realidad, es decir, de interpretar los signos de los tiempos desde la fe, a partir de una lectura permanente de la Escritura. Fue la misma destreza que Gustavo Gutiérrez resaltó como uno de los indispensables requisitos tanto del cristiano como del comunicador cristiano. La capacidad de escuchar, de ver y de interpretar la Biblia desde la realidad y la realidad desde la Biblia, constituye el núcleo de la fe para los cristianos, y nos constituye como comunidad cristiana propiamente dicho.

Los comunicadores desempeñan un crucial papel en la exploración de la realidad, como lo enfatiza la Conferencia de Aparecida. Pero muchas veces les falta esta otra habilidad, de leer la realidad desde la luz de las Escrituras. Como comunicadores nos falta profundizar en la fe desde una lectura permanente del Antiguo y del Nuevo Testamento. No se trata de un conocimiento enciclopédico de la Biblia sino de la destreza de relacionar la lectura de la Biblia con nuestras experiencias de cada día. Necesitamos un entrenamiento en estas destrezas de la interpretación de la Escritura en relación con nuestra vivencia de la realidad. Un entrenamiento que no se limita a los cursos bíblicos, por necesarios que sean, sino que debe extenderse hacia una diaria costumbre de oración y reflexión a partir de la Sagrada Escritura.

Una comunicación para la comunión, una comunicación para crear comunión, ha sido el objetivo de la OCLACC durante esta década, y este objetivo sigue siendo una muy valiosa definición del trabajo que queremos emprender como comunicadores católicos. José Martínez de Toda nos presenta un inventario de los desafíos para los comunicadores sociales y de las actitudes y los valores cristianos que deberían representar. Para afinar este aporte de los comunicadores a la comunión necesitamos revisar el análisis de la realidad que hace la V Conferencia en Aparecida, y los

lineamientos de la Nueva Evangelización que de ella resultan, comenzando con una autocrítica del modo de ser de la Iglesia católica.

II. Interpretación de los signos de los tiempos

El tema de la construcción de ciudadanía, aquí abordado por Washington Uranga, ha sido uno de los temas más importantes de los comunicadores latinoamericanos en estas décadas, y en la OCLACC ha ido a la par con la propuesta de una *comunicación para la comunión*. El documento final de Aparecida insiste en la opción preferencial por los pobres y la doctrina social de la Iglesia como bases para la participación de los cristianos en la política y en la sociedad civil. Los obispos latinoamericanos propusieron que los cristianos se presenten en los areópagos de discusión de la sociedad y que promuevan la ciudadanía. En su análisis del actual fenómeno de la globalización distinguieron entre el impacto de la dimensión económica y la repercusión cultural de este fenómeno. Para comprender y para poder responder a nuestra época habrá que insistir en la actualización del conocimiento de los cristianos, en particular de los teólogos, pastores y comunicadores, con relación a los análisis de nuestra época ya vigentes en las ciencias sociales y en la filosofía.

El ensayo de Dennis Smith, representante de la WACC, se concentró en el actual pluralismo religioso; es decir, en el 'renacimiento' de las religiones indígenas y afro-americanas y la amplia difusión de corrientes populares del protestantismo como el pentecostalismo, y el desafío que representan para la iglesia católica y las iglesias protestantes de más tradición histórica. Necesitamos, por lo demás, tomar en cuenta a la influencia del fenómeno religioso de la Nueva Era (*New Age*) entre la clase media, que se aleja cada vez más de las iglesias tradicionales, tanto de la católica como de las protestantes. A partir de esta espiritualidad neo-gnóstica las personas buscan construir nuevos sentidos y orientaciones alternativas para sus vidas en medio de la ambigüedad del mundo posmoderno.

Ante este panorama de la diversidad religiosa las iglesias tradicionales se encuentran por primera vez en la historia latinoamericana, de forma explícita, frente a un verdadero reto de la convivencia religiosa. Necesitamos aprender con humildad a reconocer que no somos los únicos que defienden una verdad, y necesitamos revisar nuestra historia de soberbia

y de imposición ante las otras iglesias cristianas, y ante las religiones autóctonas, reprimidas por la violencia desde los albores de la conquista. Aceptar este reto no significa que no podemos confiar en el mensaje de salvación del Antiguo y del Nuevo Testamento, mensaje liberador que, según nuestra convicción, culminó en la vida, muerte y resurrección de Jesucristo. Tampoco implica que debemos rehusar de cualquier crítica frente a estas religiones ancestrales y estas nuevas iglesias porque en verdad, hay mucho por criticar en la presentación tan idealista que, a menudo, nos hacen de ellas.

Pero si implica que nos deshagamos de esta vieja e inveterada costumbre de considerar a nuestro mensaje cristiano como el único valedero y que nos acostumbremos a tomar en cuenta la crítica que nos viene de la sociedad, y en particular de los que escogieron otra iglesia o religión. En particular habrá que tomar en serio que la mayoría de personas que están involucradas en estas religiones o que optaron por estas nuevas iglesias pertenecen a las clases más pobres del continente. Esto significa que encuentran en estas convicciones una sustancial ayuda que no logramos ofrecerles como iglesias tradicionales.

Después del fervor profético y evangélico que siguió a la Conferencia de Medellín, la Iglesia Católica de las últimas dos décadas se ha ido alejando cada vez más de las clases pobres para encerrarse en las clases media y alta, lo que es particularmente cuestionable si consideramos la plena afirmación de la opción por los pobres por parte de ella en la Conferencia de Aparecida.

Aunque nos cuesta recordar, sabemos desde los tiempos de los profetas, y siempre nos lo recuerda el evangelio, que el verdadero criterio de la fe se encuentra en lo que hacemos para los demás, para la justicia y la paz, en particular para los más pobres y excluidos. Es en este terreno, de la lucha por la justicia y la ciudadanía, que nos encontramos con las otras iglesias y religiones; este es el terreno adecuado para opinar alrededor los verdaderos avances en el diálogo, tanto del uno como del otro. Nuestra primera tarea no es la de la crítica. Por importante que sea en determinados momentos, la crítica tan solo tiene sentido en la medida que sirve para consolidar alianzas en la construcción de una sociedad solidaria, conforme al Reino de Dios.

Como comunicadores cristianos necesitamos repensar la presentación, la redacción y el tratamiento de los contenidos de nuestras noticias, informaciones y producciones, en particular las que se refieren a la evangelización, según estos nuevos desafíos de la diversidad y de la verdadera convivencia religiosa.

Al abordar el tema de las mujeres y la perspectiva de la Misión Continental, Consuelo del Prado anotó que las mujeres irán experimentando en sus propias vidas dinanismos de liberación mas allá de lo que estaba pensado, previsto o intuido en lo que los obispos redactaron en el documento de Aparecida. Consuelo menciona cuatro adquisiciones que las mujeres han hecho en su caminar en el contexto Latinoamericano. La primera, liberarse de la imagen despectiva de la mujer en la tradición cristiana y reconocerse como hijas amadas por Dios, a imagen suya, y, segunda, la lectura de la palabra de Dios en clave de encuentro. Una tercera, las redes de mujeres que se van dando la mano unas a otras; mujeres de distintos credos religiosos, de distintas iglesias, de distintos grupos, y, finalmente, la comprensión y vivencia de la espiritualidad como un compromiso libre y auténtico con las personas más débiles, compromiso con que las mujeres también crecieron en libertad.

Se ven avances en el tema de la mujer en el documento de Aparecida como cuando menciona que es urgente que se supere una mentalidad machista en nuestro continente, en cuanto ignora la realidad del Cristianismo en que se reconoce y proclama la igualdad y responsabilidad de la mujer respecto al hombre (453). Es importante que los obispos constaten que esta mentalidad obliga a revisar tanto la identidad de la mujer como la identidad del varón (449).

El documento también anota que urge que todas las mujeres puedan participar plenamente en la vida eclesial, familiar, cultural y económica y que haya que abrir espacios y estructuras que favorezcan una mayor inclusión (454). Pero necesitamos añadir que una iglesia que no confíe en dar responsabilidad pastoral a las mujeres se encuentra mal posicionada para exigirlo a otros, a terceros. Como comunicadores y cristianos necesitamos incentivar para que se den todas las oportunidades y responsabilidades a las mujeres, tanto fuera como dentro de la iglesia.

El último texto del apartado de los ‘signos’, de Pedro Hughes, sobre la conferencia de Aparecida y el medio ambiente, es para despertarnos de cualquier sueño. El documento final de esta Conferencia defiende el concepto que la creación es tanto responsabilidad de Dios como de los humanos. La creación es parte de la alianza integral, del pacto entre Dios y el Hombre. Aparecida enfatiza la relación entre el don de la creación por parte de Dios y la responsabilidad humana para preservar la creación, desde la imagen de la casa en común o la casa compartida. Un problema fundamental para los cristianos es la herencia de la exégesis tradicional de Génesis 2,4, que caracterizó la relación entre los hombres y la naturaleza como una de dominación. La civilización occidental se apoderó de este texto para legitimar la explotación del medio ambiente, de la tierra. La idea subyacente del siglo XX suponía un recurso sin límites, una materia prima que podía ser usada, agotada y destrozada. Nos demoramos un siglo entero para que la humanidad tome conciencia de los límites de la explotación de la naturaleza.

Aunque cuestiona la ideología o el pensamiento de la modernidad, Aparecida habla también del señorío de la persona humana. Evitando la trampa de una especie de panteísmo, subraya que la persona sigue siendo la parte crucial de la creación a quien le corresponde señorear sobre el orden natural, y a quien le corresponde corregir sus abusos. Aquí los obispos retoman el concepto del pecado social elaborado por la Conferencia de Medellín. Este concepto no se limita al pecado de explotación y de la exclusión de personas, de los pobres; en Aparecida se incluye como pecado a la capacidad destructora de la humanidad frente a la naturaleza. El documento final enfatiza que seamos responsables de la creación como don de Dios, en que, según Pedro Hughes, estamos llamados a tres cosas: contemplar la naturaleza, cuidarla y utilizarla; utilizarla, sin embargo, de forma responsable.

Hughes añade una tarea más y es que necesitamos estar enraizados en una buena ciencia, es decir que las buenas investigaciones, los buenos datos, son de suma importancia para poder opinar y actuar sobre el tema del medio ambiente. No sabemos, por ejemplo, cuánto estamos alejados del *kinming point*, o sea el punto donde ya no hay cómo dar marcha atrás a la destrucción de la naturaleza. Existen muchos intereses atrás de las

investigaciones, como el interés de la compañía de petróleo Exxon, que trata de desmentir todo tipo de informe negativo sobre el medio ambiente. Es este nudo gordiano que compete desenredar a los comunicadores y no lo pueden hacer con un furioso golpe de espada, sino con delicadeza y conocimiento. Concluamos que para el tema del medio ambiente se necesita conocimiento e investigación, tanto como la difusión de una nueva espiritualidad del cuidado de la creación.

III. Comunicación y espiritualidad

Este tercer apartado se abre con el ensayo de Rolando Pérez sobre la ética y espiritualidad. Enfoca dos temas en que la comunicación debe jugar un rol crucial en nuestro tiempo en América Latina: la recuperación de la memoria y la incidencia profética en lo público. La ética surge como indignación ante todo aquello que deshumaniza a las personas, y su exigencia fundamental es la humanización de la vida y de la historia. Si queremos realizar una incidencia profética como comunicadores cristianos no podemos caminar solos. Los comunicadores deben buscar un acercamiento a cristianos comprometidos y comunidades de base con quienes pueden intercambiar y discutir alrededor de los problemas de su fe y de la sociedad.

Estos espacios de la comunidad cristiana no pueden estar desligados de las parroquias y de la Iglesia institucional, pero deben, por otra parte, ser espacios abiertos en que puedan participar miembros de otras iglesias y personas con otras convicciones. Necesitamos construir comunidades de confianza, espacios en donde la gente sienta que es reconocida y valorada, donde se practica una espiritualidad que recupere la dimensión terapéutica de la fe, y en que los ciudadanos/as encuentren el acto liberador de la amistad. En esta forma, arguyó Rolando, los comunicadores cristianos pueden hacer un valioso aporte al tema de conectar la ética pública con la ética privada, las responsabilidades cívicas a nivel personal y en el ámbito del colectivo.

Monseñor Juan Luis Ysern nos ha hablado varias veces de una “pedagogía del encuentro” como camino para los comunicadores cristianos para lograr la comunión, una convivencia fraterna y solidaria tanto dentro como afuera de la iglesia. Esta pedagogía, habla de distintas necesidades,

es decir, propone que los comunicadores necesitan entrenarse en varias destrezas, como son las facultades de aprender a escuchar, de ponerse en el lugar del otro, de descubrir a los que no tienen voz, de estimular el protagonismo de cada persona, de descubrir lo que hay de positivo en la realidad, de desvelar las causas de la marginación y promover su eliminación, y de aprender a caminar con creatividad.

Monseñor Ysern resalta que estamos viviendo un verdadero “cambio de época” en que la velocidad de cambios de la tecnología y de la cultura se está acelerando cada día más. El problema central consiste en que cada uno de nosotros tiene su fe inculcada, y que la nueva cultura en que estamos viviendo hoy no puede ser juzgada desde la cultura en que vivimos antes.

Por ello se nos presenta el desafío, que siempre ha sido una tarea sumamente difícil, de mirar las realidades nuevas con los nuevos ojos de la fe. Elaborar una metodología espiritual, en el sentido de que represente un acompañamiento y guía al camino del comunicador y no un estorbo más en sus diarias tareas, en que monseñor Juan Luis Ysern ya se adelantó, puede resultar una valiosa contribución para iluminar al diario oficio de nuestros comunicadores.

David Cuenca da su particular enfoque a lo que debe contener el proceso de una comunicación para la comunión. La comunicación, afirma, abre las puertas a la comunión si se lo entiende como diálogo y si se empeña en crear espacios de encuentro. Pero no es cualquier comunión, ni cualquier comunidad que estamos buscando. Mirando el documento preparatorio de Aparecida, David percibe que habrá que librar una dura batalla por la felicidad de los pobres, es decir, para incluirlos y darles preferencia en este proyecto de una comunicación para la comunión.

Para ello los comunicadores deben aprender a discernir, a incorporar en su práctica la lectura crítica de los procesos comunicativos y sus contextos. Tendrán que asumir el discipulado como una “militancia política” en respuesta a la acción del Espíritu en el mundo a partir de una clara comprensión de nuestra misión en la tierra como comunicador y comunicadora cristiana. Una militancia política en el buen sentido del término, que se empeña en promover y fortalecer las organizaciones sociales de nuestras comunidades.

La delineación de un credo del comunicador por parte de María Rosa Lorbés nos sirve para elaborar más detenidamente el perfil del comunicador cristiano. Este credo debería incluir una búsqueda apasionada de la presencia de Dios en la realidad y una formación del sentido crítico del comunicador para fomentar un periodismo profético. En contra del pesimismo que se deshace de las responsabilidades la comunicadora cristiana necesita mantener que el cambio sea siempre posible, a comenzar en uno mismo. La fuente de esperanza es Dios, pero la necesitamos construir nosotros. Es importante, afirma María Rosa, que los mismos comunicadores cristianos se responsabilicen, y que sigan explorando sus responsabilidades, frente a sus acciones en el nuevo mundo de la globalización.

Ello significa, por una parte, un periodismo imparcial que sabe tomar distancia de sus propios prejuicios, pero que debe, al mismo tiempo, partir de un compromiso profético, desde el ángulo del compromiso con los pobres y marginados. Información es poder, anota María Rosa, pero en nuestro caso tiene que ser un poder al servicio, un poder para servir a la gente. Hay que incentivar una mirada grande desde la fe cristiana en el sentido de fomentar un público cada vez más crítico, en que se difunda la conciencia del derecho a la comunicación; conciencia que no está suficientemente difundida todavía. Y necesitamos desarrollar un periodismo de investigación que señale los problemas sociales, antes de que estallen, y que se empeñe en resolverlos en un clima de igualdad y respeto a las diferencias. Para ello nuestros comunicadores tendrán que dar una atención particular al estudio de la realidad social, a los problemas concretos y cotidianos según las clases sociales.

IV. La evangelización y los medios de comunicación

El último apartado abordado por este libro tiene como título 'la evangelización mediante los medios tradicionales e innovadores'. En los aportes se explora sobre todo a los medios más conocidos del espectro de la comunicación católica en el continente como la radio y el cine. En futuras ocasiones deberemos dedicarnos más a las posibilidades de los nuevos medios como el manejo de los portales informativos, *blogs*, televisión, videos y audios accesibles mediante la *web*, los problemas que

representan, y las posibilidades que ellos nos ofrecen en el ámbito de la evangelización.

Ramón Caluza afirma que la evangelización no puede limitarse a una transmisión de la doctrina del magisterio papal y episcopal. Como parte del seguimiento que se hace del proyecto de Jesús, resalta, una emisora evangelizadora debe integrar las dimensiones del profetismo. La radio y otros medios de comunicación están para anunciar la buena noticia, pero necesitan, al mismo tiempo, denunciar el mal, en solidaridad con los empobrecidos y los oprimidos. En el contexto de la comunicación podemos dar constancia de una larga tradición de comunicadores cristianos comprometidos con los pobres, sobre todo en las radios populares. Es esencial que defendamos esta tradición y que continuemos el intercambio de experiencias del trabajo de los comunicadores en los ámbitos populares.

La tarea de los comunicadores comprometidos con los pobres se complica hoy en día por otros desafíos que provienen del mundo global y por otras urgentes tareas, como son la construcción de ciudadanía y la búsqueda de alianzas con la clase media y otros sectores sociales, que habrá que saber sintetizar con la opción preferencial por los pobres. El trabajo de los comunicadores precisa de una especialización según varios temas como son las dimensiones de la política y de la ciudadanía, de la cultura y de la religión. La opción por los pobres, sin embargo, debería ser un eje transversal que rige el trabajo del conjunto de los comunicadores cristianos en nuestro continente.

Es necesario traducir los contenidos evangélicos en el ámbito del pueblo y de la ciudadanía, tanto para los más pobres como con relación a la clase media, y podemos destacarlo como una importante tarea por emprender por parte de nuestras/os comunicadores. Esta tarea se relaciona con la necesidad, que ya señalamos en el primer apartado, que pastores y comunicadores acompañen a los católicos y los demás cristianos para enfrentar los nuevos retos de nuestros tiempos. Es una tarea difícil porque supone la fidelidad al evangelio y el estar cercanos al pueblo.

Terminaré esta reseña con unos comentarios a los aportes de Rolando Calle sobre los nuevos lenguajes de la comunicación y la Iglesia y el de Michel Bohler sobre cine y espiritualidad. Como comunicadores nos he-

mos entregado a una nueva valoración de la imagen, en el sentido que ella representaría el elemento particular que cambia la orientación del hombre y de la mujer moderna. Pero me interesa oponerme a esta valoración de la imagen como si representara algo completamente novedoso. La imagen es tan constitutiva para la pantalla grande, el video y el Internet como lo es para la audición y los comienzos de la escritura; allá reside la importancia y la real envergadura de la imagen. Para comprender el significado profundo de la imagen necesitamos revalorizar el elemento formativo esencial hasta el siglo XX, la narrativa, en sus diferentes ramos de la epopeya, de la leyenda, de la novela y de la historiografía.

Es evidente que tanto el antiguo teatro como la radio y el cine contemporáneo apoyan la transmisión con mayor facilidad y con mayor impacto a la epopeya, al relato de héroes y de antihéroes. Allí reside su gran valor y su gran peligro. No nos olvidemos que eran Hitler y Mussolini quienes, por primera vez, supieron manejar la radio y el cine de forma masiva para promocionar sus empresas de heroísmo, que terminaron en una catastrófica destrucción. Aunque cuentan como innovaciones modernas las historias representadas en el cine y en el video no difieren de elementos tradicionales del relato narrativo que tanto fascinaban a nuestros antepasados.

Los héroes y antihéroes, las intenciones, planes y utopías y los diseños para realizar u obstaculizar estos planes, los promotores y los oponentes a esos diseños utópicos, estudiados por literatos estructuralistas como Greimas y Barthes y por la escuela literaria anglosajona, son elementos muy dignos de atención para analizar los relatos de la radio, del cine y del video. Y más allá de estos elementos, habrá que poner atención en la configuración del relato —la trama o el ‘mito’ de la antigua tragedia— como el momento artístico por excelencia que transforma en unidad al conjunto de una obra de arte, una poesía o una novela, pero también a una película o un video.

El mecanismo de la elaboración de esta configuración o ‘síntesis narrativa’ fue debidamente expuesto en los últimos trabajos hermenéuticos del filósofo Paul Ricoeur, en que contrasta el relato de ficción con el de la historiografía. Novela, cine, video, telenovela y radionovela, por evidencia, pero también documentales televisivos, noticieros radiales y prensa escrita en papel o en la *web*, y hasta los aportes de la música, pueden y

deberían ser analizados y evaluados según estos criterios que ya salieron del restringido ámbito de la crítica literaria.

A nuestras/os comunicadores, entonces, les hace falta recuperar los avances en la teoría narrativa y literaria, en particular la de la poesía y de la novela, que ha pasado por una gran revolución en estos últimos cincuenta años. Este desafío vale no tan solo para los que ya analizan el cine y los nuevos lenguajes, sino para todos los profesionales involucrados en la comunicación. La configuración o síntesis narrativa que integra los sentidos y significados de una obra de arte o una producción podemos, tranquilamente, calificar como la dimensión de su espiritualidad, entendida como su expresión u orientación con relación a los valores humanos. Es lógico que nos encontremos en este terreno de las producciones auditivas y visuales, como antes en la epopeya y la novela, con los valores y anti-valores transmitidos por los relatos de las religiones, en particular de los relatos bíblicos, que creemos representa una comunicación transmitida, revelada, por Dios.

Es importante que cuestionemos la producción de los espectáculos contemporáneos, los más conocidos, los norteamericanos, de hombres murciélagos y otros tipos grotescos inspirados por los diseños y las tramas simplistas de los cómics Marvel de unos 50 años atrás, a Independence Day, a tantas misiones imposibles, y sus excesos de falso heroísmo. No coinciden con la verdadera condición humana, y tan solo se dedican a, y tan solo justifican, el comportamiento etnocéntrico de partes privilegiados de nuestra población mundial. La crítica debería dirigirse no tan solo hacia estas producciones norteamericanas, sino también extenderse hacia la música, la radio, el cine, el video, la televisión y el reportaje fácil de los países latinoamericanos, europeos o de otros continentes, como a estos aportes que hacen la diferencia por ser mucho más prometedores.

Aquí vale recordar el tema de la sensación de belleza de una producción radial, y de cualquier producción en el terreno de la comunicación. La ética y la espiritualidad, como el conjunto de la religión, no son disciplinas en que se distingue como en matemáticas, en forma clara y distinta, entre el correcto y el equivocado. Son más bien como las artes: sus juicios tienen mayor afinidad con la apreciación del arte, la valoración de la pintura, de la música y de la literatura. En el comportamiento humano nos

convence la integridad, la sabiduría, la sencillez, y hasta la locura, que nos conmuevan y nos hagan decidir: este es algo ejemplar, es una de las orientaciones, o la orientación según que yo quiero moldear mi vida. La opción por cualquier vida espiritual o religiosa, por la vida cristiana, debe ser una opción íntegra, una opción que brota de la convicción que esta forma de vivir sea la más bella.

En este contexto conviene, por fin, comentar el tema de la idolatría introducido por Michel Bohler con relación a la fascinación posiblemente alienante que pueden ejercer las imágenes en la cultura mediática. Hay obras de arte visual, de música y de obra literaria que pueden conmover nuestros corazones. Hay otras que podemos calificar de mediocres a másimas porque tan solo detectan y muestran algunos aspectos de la realidad cuando encubren y falsifican a otros. El tema de la idolatría, en otro lenguaje más secular, el tema de la ideología, se relaciona con este tema del encubrimiento y de la falsedad. Algunos relatos, algunas noticias y algunas películas nos presentan tan solo visiones parciales de nuestra realidad y de nuestra convivencia humana. Es evidente que como seres humanos solo podemos tener visones parciales, pero si poseemos alguna experiencia de la vida real —llamémoslo sabiduría— también seremos capaces de distinguir lo que es poco realista y/o abusivo de lo que es esperanzador y liberador.

Como en todas las dimensiones de la vida humana es buena la crítica pero también importa que pongamos en práctica nuestros conocimientos, y que mejoremos nuestras destrezas. Como comunicadores católicos tenemos mayor tradición en la producción radial y nos hemos dedicado a la crítica, e incentivado la producción de cine. Conocemos muy poco de la evaluación y menos aún de la producción de programas televisivos o de video, que son los medios más populares del actual momento. No podemos y no necesitamos estar en todo, pero si es importante escoger estratégicamente donde queremos estar e incidir en el mundo de la comunicación. Lo importante es que independientemente del medio que usemos o privilegiemos, es necesario que nos destaquemos en estos terrenos.